



ALEXANDER VON HUMBOLDT. VIAJERO Y DESCUBRIDOR DE LAS AMÉRICAS

Sor Úrsula Tapia Guerrero

RESUMEN:

Hace 200 años que Alexander von Humboldt llegó a América en un viaje de exploración e investigación que duró cinco años. Estudió profundamente la flora, la fauna y la geografía de nuestro continente y también las costumbres de los pueblos y las características de las lenguas nativas. Esto le valió que Bolívar lo llamara "verdadero descubridor de América."

Nunca estuvo en Chile, pero hubo científicos y pintores contemporáneos a su tiempo, que bajo su inspiración, realizaron en nuestro país una labor semejante a la suya.

ABSTRACT:

Vor 200 Jahren ist Alexander von Humboldt nach Amerika gekommen. Seine Forschungsreise würde fünf Jahre lang dauern. Er hat die Flora, die Fauna, die Geographie des Kontinents gründlich studiert, sowie auch die Sitten der Urbewohner und die Eigenschaften der einheimischen Sprachen. Deshalb hat er verdient, dass Bolívar ihn als den "wahren Entdecker Amerikas" bezeichnete.

Von Humboldt war nie in Chile. Es gab aber zeitgenössische Maler und Naturwissenschaftler, die in seiner Nachfolge sein Unternehmen in unserem Lande fortgesetzt haben.

En julio de 1999, se cumplieron los doscientos años de la llegada de Alexander von Humboldt al continente americano. Su permanencia durante cinco años en estas latitudes fue un tiempo de investigación y de descubrimiento. Aunque nunca estuvo en Chile, sus estudios influyeron en científicos y pintores que posteriormente visitaron nuestra patria, y esto hace que sea un personaje importante en el ámbito de la historia de nuestra cultura.

Ocuparse de la vida y de las obras de Alexander von Humboldt es ocuparse de un gran mosaico. Prusiano cosmopolita de fuerte personalidad, científico naturalista, investigador, pedagogo, humanista, geólogo, geógrafo, cartógrafo, dibujante, aventurero sistemático, gran viajero, y, como lo llamó Bolívar, "el verdadero descubridor de América" (Willen, Karin 1999, p. 36). De él dijo Goethe, quien lo admiraba y disfrutaba especialmente conversando con él: "es una fuente inagotable que posee muchos grifos; sólo se requiere poner una cantidad suficiente de recipientes para calmar nuestra sed de conocimientos y él la calma" (Eckermann, Johannes Peter 1959, p. 141).

Desde los años de su juventud, este indagador de la naturaleza y de las culturas remotas invirtió su talento, su tiempo y su fortuna en realizar expediciones junto a los científicos que se dejaron contagiar por sus iniciativas y se decidieron a acompañarlo.

Punto de partida y meta de sus inquietudes era ensanchar el conocimiento del mundo, como él mismo lo expresa: "Feliz el viajero que se puede halagar de haber aprovechado las ventajas de su situación para añadir algunas nuevas verdades a la multitud de nuestros conocimientos" (Guntau, M/ Hardetert, P/ Pape, M 1993, p. X).

Durante su larga vida –había nacido en Berlín en 1769 y murió poco antes de cumplir los 90 años, en 1859– recorrió su Alemania natal y Europa, emprendió la expedición de cinco años de duración por América Central y parte de Sudamérica y a los 60 años realizó un viaje de 15.000 kilómetros a través de Rusia y de Siberia, llegando hasta el Altai.

Comenzó su carrera científica, examinando los minerales y la flora, como si, a partir de la profundidad de la tierra, hubiera querido avanzar siempre más lejos hacia la inmensidad del cosmos. Nunca tuvo otros afanes y, habiendo reconocido a temprana edad su vocación, la moldeó y la realizó hasta los últimos días de su vida. Él dice que desde su primera edad lo dominó el deseo de viajar por países poco visitados por los europeos y que su gran aspiración “*fue siempre llegar a comprender como un todo las manifestaciones físicas de la naturaleza en sus fuerzas interiores*” (von Humboldt, Alexander 1993, p. 7).

Ayudado por sus múltiples lecturas y por la observación de la naturaleza y de los fenómenos naturales, había elaborado su propia cosmovisión, afirmando que el resultado principal de la investigación “*es reconocer la unidad en la pluralidad, la distinción de las individualidades y captar el espíritu de la naturaleza oculta bajo la capa de las apariencias*” (von Humboldt, Alexander 1993, p. 14).

Por eso, von Humboldt fue un gran coleccionista.

No sólo viajaba cargado de textos científicos y de instrumentos de medición, de los cuales poseía una impresionante colección, sino que iba agregando una colección tras otra a su pesado equipaje: herbarios, animales disecados, piedras y trozos de roca, algas y tierra, todo tenía cabida en sus baúles y sería transportado a Europa para su posterior clasificación y elaboración. Se sabe que regresó con treinta y seis baúles repletos de objetos de la flora y de la fauna, entre los que había seis mil diferentes tipos de plantas, de las cuales más de tres mil eran especies nuevas para él. Por esta razón se lo ha llamado “fundador de la geografía vegetal.”

Meditando acerca de sus observaciones llegó a la conclusión de que en la naturaleza todo está interrelacionado, concluyendo que, por lo mismo, todas las ciencias son necesarias e importantes cuando se trata de penetrar en la esencia de esas relaciones y en los comportamientos que ellas producen en los seres vivos y en los minerales: “*Cuanto más claramente tomamos conciencia de la interacción de los fenómenos naturales, tanto más nos liberamos de la falsa idea de que no todas las ciencias son igualmente importantes para la cultura y el bienestar de los pueblos; ya sean las que se refieren a mediciones y descripciones, como las que examinan los compuestos químicos, o las que indagan en las fuerzas físicas de la materia, todas las ciencias son igualmente importantes. En la observación de un fenómeno aislado radica a menudo la semilla de un gran descubrimiento*” (von Humboldt, Alexander 1993, p. 38).

Su viaje a América del Centro y del Sur, emprendido hace 200 años, abarcó, por eso, todos los aspectos que interesaban a las diversas ciencias de su dominio y de regreso a Europa trabajó durante 30 años en la elaboración de las colecciones y en la redacción de su obra de cinco tomos, publicada en 1834, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo*.

Para llevar a cabo este trabajo reunía a expertos en botánica, en zoología, en mineralogía, en geografía, y sobre todo a buenos dibujantes y pintores que fueran dando forma a sus bosquejos y apuntes. Para él, era imprescindible acompañar sus textos y explicaciones de imágenes, porque estaba convencido de que es posible llegar a una integración de la ciencia y el arte. No alcanzó von Humboldt a ver que la pintura y las artes plásticas tomarían un rumbo muy diferente del arte realista y retratista de su tiempo. Pero eso no quita mérito a su idea y a

los esfuerzos que hizo, en una época en la que no se contaba con la fotografía, por graficar e ilustrar sus observaciones y descubrimientos.

La larga expedición americana fue sin duda el más importante y significativo de sus viajes, no sólo por lo que a él le reportó en cuanto investigador, científico y humanista, sino también por lo que contribuyó al conocimiento y a la valoración de las gentes y de las tierras del Nuevo Mundo. Tenía entonces 30 años, había estado en París durante los meses posteriores al 14 de julio de 1789 y había hecho propio el planteamiento de la igualdad de todos los hombres y de su derecho a la libertad. Por eso, sus observaciones acerca del colonialismo adquirieron un significado muy profundo si se tiene en cuenta que las formuló años antes de que comenzara en América del Centro y del Sur, la campaña de la independencia.

Junto con Aimé Bonpland, su compañero de viaje a quien había conocido en París en 1798 y quien fuera "*el amigo más fiel y el colaborador más leal que tuvo en su vida*" (Meyer-Abich, Adolf 1969, p. 41), emprendió esa expedición que tendría lugar entre los años 1799 y 1804, durante los cuales recorrería Venezuela, Guayana, Colombia, Ecuador, Perú, México y Cuba, y que culminaría con una visita de un par de semanas al Presidente Jefferson, en Washington, en el viaje de regreso a Europa.

Internándose por la selva y trepando volcanes, haciendo vida social en las colonias y tomando lecciones con los hechiceros de las tribus indígenas, conversando con los misioneros y con las gentes de los pueblos, sin escatimar ni fatigas, ni peligros, von Humboldt y sus acompañantes fueron trazando un atlas vivo de los lugares por donde los llevaba su ruta por tierras americanas.

No parece exagerado decir que los indígenas captaban en este extranjero el respeto que él sinceramente sentía por ellos. Era peligroso irse adentrando en la selva y estar permanentemente expuesto a la desconfianza de los naturales, quienes, en su mayoría, no habían tenido buenas experiencias con el hombre blanco, como el mismo von Humboldt lo pudo constatar. Por eso, es notable que nunca pasara un mal momento con los naturales y que, incluso, lograra el favor de los hechiceros, como aquél que le enseñó la forma de elaboración del veneno *curare*. Dice él: "*Quiso la suerte que nos encontráramos a un indígena menos borracho que el resto, que se ocupaba en extraer el curare de la planta. El hombre era el químico de la comarca [...] En su choza convertida en laboratorio reinaban el mayor orden y limpieza. El indígena era conocido como el amo del curare; tenía esa manera tiesa y el tono pedante que hace algún tiempo se les criticaba a los farmacéuticos en Europa. Y nos dijo: [...] El curare es mejor que la pólvora y que todo lo que ustedes inventan allende los mares. Es el jugo de una planta que mata silenciosamente, sin que se sepa de dónde proviene el disparo*" (von Humboldt, Alexander 1999, p. 75).

Para Alexander von Humboldt todo era motivo de admiración y en sus cartas expresaba abiertamente su entusiasmo por las experiencias que estaba viviendo.

La naturaleza lo había dotado de excelente salud y este hecho y su juventud constituían sus mejores aliados en las peligrosas empresas en que andaba empeñado. Así escribe desde La Habana el 21 de febrero de 1801: "*Mi salud y mi alegría van en aumento desde que dejé España [...] El mundo tropical es definitivamente mi elemento y jamás he estado tan interrumpidamente sano como durante los dos últimos años. He pasado por ciudades como Lagayra y Puerto Cabello, donde asolaba la peor de las fiebres amarillas y nunca, nunca sentí siquiera un dolor de cabeza. Solamente en Santo Tomás de Angostura, capital de Guayana –hoy Ciudad Bolívar– tuve fiebre durante tres días [...] En Atabapo, donde los*

indígenas la padecen permanentemente, mi salud resiste admirablemente bien" (Meyer-Abich, Adolf 1998, p. 80).

También habla con sinceridad de las penurias que pasaban y refiriéndose al viaje por el Orinoco, emprendido para establecer las comunicaciones fluviales entre este río y el Amazonas, escribe: "*Durante cuatro meses dormimos en la jungla rodeados de cocodrilos, boas y tigres; no comimos otra cosa que arroz, hormigas, manioca, pisang, agua del Orinoco y de vez en cuando monos [...] Nuestras manos y caras estaban marcadas por las picaduras de los mosquitos que eran tantos, que nublaban la luz del sol*" (Guntau, M. 1993, p. 28).

Una de las hazañas más notables del científico fue la expedición al volcán Chimborazo (6.310 m) en Ecuador, considerado por entonces la cima más alta de la tierra. Con Bonpland y Carlos Montúfar emprendió el ascenso en junio de 1802, logrando llegar hasta los 5.407 metros de altura.

Cómo sobrevivieron los tres, es cosa que admira, porque no fue poco el peligro en que se encontraron. Así lo explica von Humboldt: "*Sentíamos todos una debilidad en la cabeza, un continuo mareo [...] Todos estos síntomas de astenia vienen sin duda alguna de la falta de oxígeno para alimentar la sangre [...]*" (Guntau, M. 1993, p. 32).

Así como midió las alturas de las montañas y los efectos de los cambios de la atmósfera en la naturaleza vegetal y animal, así también midió las corrientes del mar; y en las costas de Guayaquil, descubrió en 1803 la corriente marítima fría que lleva desde entonces su nombre.

Con éste y muchos otros pequeños y grandes descubrimientos, von Humboldt fue viendo una y otra vez corroborada su visión del mundo. Era un convencido de la armonía y de la unidad del cosmos y ésta fue siempre la idea-guía de sus empresas.

De regreso a París, en 1806, le escribiría a su amiga Carolina von Wolzogen: "*En la jungla del río Amazonas, lo mismo que en las alturas de Los Andes, comprendí que de polo a polo existe una vida fundida en las piedras, en las plantas y en los animales, como también en la existencia humana*" (Guntau, M. 1993, p. 16).

Hay que destacar como muy importante la faceta humanista de Alexander von Humboldt.

Nacido y educado en las postrimerías de la Ilustración, conocía a los autores de su tiempo y conocía y hablaba varias lenguas. Sin ir más allá muchas de sus obras las redactó en francés, siendo éstas luego traducidas al alemán y a otros idiomas.

También en América se esmeró por aprender y hablar español, llegando a decir en la carta arriba citada que dominaba esta lengua casi como lengua materna.

Una importante observación fue la que hizo respecto de las lenguas originarias de América al destacar la capacidad de descripción que éstas poseen y el uso plástico que de ellas hacen los naturales. Así escribía desde Lima en noviembre de 1802: "*Estos idiomas –el de los caribeños y el de los incas– y algunos otros igualmente ricos, deberían bastar para convencerse de que América alguna vez poseyó una cultura mucho más desarrollada que la que encontraron en ella los españoles en 1492*" (Meyer-Abich, Adolf 1998, p. 94).

Pero, el humanismo de von Humboldt no era sólo el del letrado. Era el de una persona que comprendía como elemental la noción de la dignidad del hombre, de todos los seres humanos, cualquiera fuera su procedencia, raza o color.

Observando las conductas de los europeos para con los nativos y los negros, incluso las conductas de los misioneros, las criticó duramente, convirtiéndose sin saberlo en uno de los precursores de las ideas independentistas en el continente. Así escribía en su diario de viaje: “Es indignante que haya todavía colonos españoles en las Antillas que marcan a sus esclavos con hierro para reconocerlos si llegaran a escapar. Así se trata a seres humanos que les ahorran a otros seres humanos las fatigas de la siembra y de la cosecha.” (von Humboldt, Alexander, 1999). Y en un texto titulado *Acerca de la libertad del hombre* describe con crudeza y crítica severamente lo que ha observado respecto del trato que se da a los nativos: “A cuánto sofisma hay que recurrir cuando se trata de defender la religión, la doctrina de estado o la estabilidad de un régimen, y también todo aquello que se quiere defender cuando el clero, el pueblo y los reyes se han hecho culpables con sus actos de tantas injurias y malos tratos!” (von Humboldt, Alexander 1999, p. 108).

Con agudeza percibió en breve tiempo los lados oscuros del colonialismo y dio cifras y citó situaciones en que él mismo había comprobado graves atropellos a la dignidad de los hombres. Por eso acusó sin miramientos el hecho de que en las colonias se maltratara a los esclavos sin temor a un castigo por esta injusticia, y denunció el desprecio con que se solía mirar incluso al blanco o al mestizo si éste era pobre. Con ironía comentaba que a esta actitud le llamaban vivir “libremente”.

Con autoridad, entonces, dijo que la idea de la colonia era inmoral, porque ella implica que un país por el sólo hecho de encontrarse en ventaja de fuerzas sobre otro puede exigirle tributos y sumisión. Además, decía von Humboldt, el colonialismo frena las iniciativas impidiendo un desarrollo original y pleno en las tierras dominadas.

Sin ser un agitador, justifica la rebelión contra los poderes impuestos como una consecuencia de la opresión que sufren los pueblos por parte del despotismo ejercido por el conquistador extranjero o por los poderosos locales y explica que este fenómeno siempre redunde en empobrecimiento y en agotamiento del bienestar público.

Por eso, von Humboldt fue un enemigo acérrimo de la esclavitud y un ferviente partidario de la autonomía de los pueblos americanos. Años más tarde, diría que su amistad con Simón Bolívar, a quien había conocido en París, y a quien llamaría en una carta “*fundador de la libertad y de la independencia de vuestra bella patria*” (Zea, Leopoldo, 1999), se basaba en estas ideas que ambos compartían: “*hacíamos votos por la libertad y la independencia del Nuevo Continente*” (Zea, Leopoldo, 1999).

Sin embargo, en el contexto europeo, y aunque al principio se contagió con el entusiasmo que despertaba en los jóvenes de su generación la Revolución Francesa, von Humboldt nunca dejó de ser un prusiano conservador y monarquista. De hecho, uno de los intercambios epistolares más curiosos que mantuvo fue el que testimonia su amistad con el archiconservador Duque de Metternich, a quien llamaba “*trozo de ataúd de momia*” y de quien se consideraba un viejo amigo (cf. Schmelcher, Antje, 1999).

Seguramente, una resultante de su talento humanista fue su gran afán pedagógico.

Las miles de páginas redactadas por él, las largas conversaciones sostenidas en los salones, entre el amplio círculo de sus amigos, tanto en París como en Berlín, no fueron el único medio por el cual dio a conocer sus experiencias y descubrimientos.

Impulsó también la fundación de academias y museos y, entre otras instituciones, la del zoológico de Berlín que fue el primero de Alemania y el tercero en el mundo. Para su inauguración, él mismo donó una serie de animales que mantenía en el parque de su residencia.

Con razón se lo considera un gran “populizador” de la ciencia, cosa que logró sólo con su prestigio y sin poseer cátedra en ninguna Universidad.

Entre los años 1825 y 1827, instauró en París una suerte de “cátedras populares” a las que concurrían personas de todos los estratos de la sociedad. Más tarde, continuó con esta práctica en Berlín y se dice que a estas conferencias abiertas a todo público asistían unas cuatrocientas personas, simultáneamente. Las realizaba en la sala de conciertos de la Academia de Música o en el auditorio mayor de la Universidad de Berlín que había sido fundada por su hermano Wilhelm, en 1810.

Fue, tal vez, con ocasión de estas cátedras populares que tuvieron oportunidad de conocerlo pintores y científicos que llegarían a ser personajes claves para la cultura y el arte republicano del siglo XIX en Chile: los pintores Moritz Rugendas, Otto Grashof y Theodor Ohlsen; los científicos Eduard Poeppig, Rudolf Amandus Philippi y Franz Fonck; los expedicionarios Bernhard Eunom Philippi y los miembros de la expedición austríaca de la fragata Novara; todos ellos y muchos otros fueron motivados por Alexander von Humboldt al optar venir a Chile.

Varios de ellos traían recomendaciones directamente escritas por von Humboldt, cartas de presentación para sus amigos en Buenos Aires o en el norte del continente americano, en las cuales se refleja la generosidad con que hasta el final de sus días compartía los ideales de arte e investigación con las generaciones más jóvenes.

Aparte de estos documentos –se conocen algunos relativos al Dr. Philippi, al Dr. Fonck, al pintor Moritz Rugendas– hay uno de especial interés que se refiere a Chile y que refleja la admiración que von Humboldt sentía por el país y cuánto lamentó no haberlo visitado durante su expedición americana.

Se trata de una carta dirigida a Vicente Pérez Rosales y dice así:

“Señor,

Mucho me complace, Señor Cónsul General, la bondad con que se ha dignado ofrecerme su importante cuadro estadístico de Chile.

No existe nada más completo que este resultado de sus investigaciones.

La sabiduría con que ha sido gobernado ese hermoso país le ha permitido alcanzar los progresos agrícolas e industriales que se buscarían en vano en otras partes de la América antes española.

Como su excelente obra me llegó durante las grandes agitaciones de Sans Souci, aún no he podido estudiar de ella sino menos de la mitad. Mi interés al respecto es tanto mayor, cuanto que la gran obra del señor Gillis y mis relaciones con el señor Moesta lo han reavivado mucho.

Al viajar de Quito al Callao de Lima para observar ahí el paso de Mercurio sobre el disco solar de 1802, observación que ha adquirido gran importancia para toda la costa de Chile, he lamentado vivamente no haber podido penetrar más lejos hacia el sur.

Sírvase aceptar, Señor, la expresión de mis sentimientos de elevada consideración y vivo reconocimiento.

En Potsdam, en el castillo de la ciudad, 7 de agosto de 1857

Alexander von Humboldt” (Medina, José Toribio, p. 159)

Este texto, redactado año y medio antes de su muerte, refleja también el recuerdo permanente de que era objeto América para Alexander von Humboldt. Hasta los últimos días de su vida mantuvo vivo el recuerdo de su paso por tierras americanas, reavivando sus

observaciones y descubrimientos, como, también, renovando su interés por el desarrollo que iba teniendo lugar en la América “antes española”.

Prudente descubridor, Alexander von Humboldt mostró un nuevo rostro del continente americano y supo despertar en los propios habitantes de estas tierras nuevos intereses y una pluralidad de perspectivas para profundizar en su conocimiento y en el respeto por sus múltiples culturas.

BIBLIOGRAFÍA

- A.L. (1999): “Aportes de Humboldt”, *El Mercurio*, Santiago, 11.07.
- Abell Soffia, Carolina (1999): “Bajo las apariencias, una historia común. Entrevista con Ottmar Ette”, *El Mercurio*, Santiago, 11.07.
- Eckermann, Johannes Peter (1959): *Gespräche mit Goethe*, Wiesbaden, Brockhaus.
- Guntau, M/ Hardtert, P/ Pape, M. (1993): *Alexander von Humboldt, la naturaleza - idea y aventura*, Essen, Projekt Agentur.
- Katalog Alexander von Humboldt (1999): *Netzwerke des Wissens*, Berlin und Bonn.
- Löschner, Renate (1992): *Alexander von Humboldt als Initiator eines künstlerisch - wissenschaftlichen Amerikabildes*, Iberoamerikanisches Institut Braunschweig, Westermann.
- Medina, José Toribio (s/a): *Documentos inéditos para la Historia de Chile*, Tomo 378, Pieza 10207.
- Meyer-Abich, Adolf (1969): *Alexander von Humboldt*, Inter Nationes Bonn.
- Meyer-Abich, Adolf (1998): *Alexander von Humboldt. Monographie*, Hamburg.
- Schmelcher, Antje (1999): “Er war wie ein Irrlicht”, *Die Welt*, 09.06.
- Von Humboldt, Alexander (1993): *Kosmos. Entwurf einer physischen Weltbeschreibung* Studienausgabe Band VII, Darmstadt.
- Von Humboldt, Alexander (1999): “Reisetagebücher”, *Cóndor*, Santiago, 07.06.
- Von Humboldt, Alexander (1999): *Über die Freiheit des Menschen*, Frankfurt /M, Insl-Taschenbuch.
- Willen, Karin (1999): “1999 das Jahr Humboldts”, *Deutschland*, 1/1999.
- Zea, Leopoldo (1999): “Escritos sobre Humboldt”, *El Mercurio*, Santiago, 11.07.